

TO FIND AND TO LOSE (Encontrar y perder)

Jesús Beades

Voy recordando un cielo de borrasca.
Atardecer sin nadie junto al puente,
tus ojos aún quemándome,
tan fresca la memoria como el aire de junio.
Era Sant Angello. Dejamos
las callejas de Roma sembradas de pisadas,
proyectos y canciones.

Voy recordando las fiestas en el campo.
Mediodías de oro con guitarras
y un coro de estudiantes tan felices
como desafinados. Alguien hizo
un ponche y en el césped
nos contamos la vida por delante.
Mairena del Alcor. Hace ya tiempo
que nadie la visita.

Una mañana gris nos encontró una vez
recorriendo las calles
del centro de Sevilla. Las canciones de siempre
sabían a pasado, y el regusto
del tiempo fue muy dulce.
Duró unas ocho horas.

Voy recordando el cielo ennegrecido
de aquella catedral
en medio de la sierra. Siglo XI.
Nuestros ojos atónitos rezaban admirando
los siglos detenidos en la piedra
Nos marchamos muy pronto.
No hemos vuelto.

Ahora entiendo el sentido de estas cosas.
Lo vi escrito en un libro:
"Pues tal es el destino de los hombres:
encontrar y perder,
como parece al que navega y sigue,
un día y otro día,
el curso de las aguas".

CASTILLO DE NAIPES

Se extiende ya el invierno sobre las azoteas.
No quedan hojas ya sobre el asfalto. Se marcharon las aves,
los juegos de colores, los cobres, esos parques
de nostalgias dulzonas, los paseos
con un libro en las manos o una carta encendida.
Todo es invierno ya. Y nada queda,
consuelo, verso alguno que nos nombre,
alguna melodía de cariño,
o bandadas de tardes con palomas
que vengan de visita.

Sólo grises y grises.
Árbol seco, y adioses, y un palacio de hielo.
La ciudad es oscura como una pesadilla.
Derribaste, Señor, mi castillo de naipes.
Y aunque nadie lo crea, te doy gracias.

PALABRAS DEL PINTOR JAIME GILBERT

a Sofía Maldonado

Los días a tu lado fueron malos.
Fueron buenos también. Fueron de todo.
El ancho mundo sin viajar siquiera
conoci por tus manos y tus ojos,
y oscuros laberintos, y el peligro,
y la duda, y el fuego, y la derrota.
Ahora ya sin mí por fin te veo,
y vas del brazo del mejor amigo
que he tenido jamás, y te sonríes,
y nuestros años son como una niebla
que se va deshaciendo lentamente.
Ahora se han cambiado los papeles.
Pero mi amor no cambia. Tú temías
que te hiciera un retrato vengativo,
deformado y cruel, que diera miedo,
para luego enseñarlo a mucha gente.
Te equivocas. No sabes cómo late
mi corazón al verte, y cómo alza
su dolor hacia el cielo, y por ti ruega.
Temías mi venganza. Escucha esto:
porque seas feliz en esta vida,
porque encuentres la dicha –donde sea–,
daré toda mi sangre si hace falta.
Yo te la ofrezco aquí. Es toda tuya.



ANTES DE DORMIR

Son las once. El cielo, despejado,
deja ver unas cuantas estrellas solitarias
entre los edificios. Ahora –quién sabe–
quizá tú también mires este cielo,
esta quietud de otoño, la brisa diminuta que recorre
la distancia que hay hasta tu casa.

Quizá

–quién sabe– estarás leyendo un libro
que te recomendé, o a punto de marcharte
ya por fin a la cama, o aún cenando,
o hablando con tu madre de mil cosas...

Ahora que no sabes que yo no tengo sueño,
que escribo en un papel que luego arrugo,
y tiro, y otra vez, ahora
yo quisiera saber que antes de irte
a la región del sueño, entre tus pensamientos
penúltimos tuvieras
alguno en que yo esté, en que estemos los dos,
y sonrías un poco, y luego duermas
con ese gesto último en tus labios.

Por ese gesto sólo estoy velando
delante del papel, como aquel que desea
algo que no merece y, sin embargo, pide
cada noche a este cielo

de estrellas solitarias.

